

## MENCIÓN ESPECIAL –I–

### Cruzando los Pirineos

Santiago Álvarez Marín

¡España querida! ¿Cómo pude vivir más de cincuenta años sin verte? ¿Por qué siendo el mundo tan bello, muchos niños tienen que sufrir los horrores de la guerra y de la emigración, no pudiendo jugar y crecer en paz, con su familia, como ellos merecen?

Durante la Guerra Civil española y en los años posteriores a la misma, se vieron obligadas a emigrar del país más de un millón de personas; muchas de ellas eran niños. Muchos de aquellos niños sufrieron enormemente durante el resto de sus vidas, al punto, que hoy se conocen casos en los cuales varios de ellos no pudieron jamás encontrar a sus progenitores.

Yo soy uno de aquellos niños, que sin saber por qué, tuve que abandonar prácticamente toda mi familia, separarme de mi padre, (que representaba para mí, algo así como un ídolo personal), de mis abuelos, tíos, primos, tuve que dejar de ver la calle donde di mis primeros pasos, donde aprendí a jugar, dejar de disfrutar de las uvas, los higos, los melocotones, las peras y manzanas tan ricas de la finca “*Su Pacio*” de mi abuelita Cipriana, de correr y saltar por sus prados a mis anchas. Yo soy uno de aquellos niños que compartió con su madre y su hermana mayor una página muy dolorosa e inolvidable de nuestra historia: “La Emigración hacia Francia, cruzando Los Pirineos”.

Mis padres contrajeron matrimonio en uno de esos movimientos de las tropas de la República, en que acamparon no muy lejos de Madrid. Entonces mi madre fue allí con mi abuela e hicieron una boda de campaña, mi padre vestido de militar, mi madre vestida de novia, aunque con ropa negra, rodeados por la tropa de la compañía que comandaba mi padre en aquel entonces,

mi madre con cara seria, mi padre todo risueño. Él... español, nacido en un pequeño pueblito, Lago de Carucedo, provincia de León, a sólo 20 kilómetros de la ciudad de Ponferrada, hijo de Francisco y de Cipriana, ambos oriundos de aquel mismo lugar, donde tuvieron cinco hijos: Santiago, Jesús, Manuel, Josefita y Arsenio. Ella... también de familia pobre; hija de Consuelo, de Madrid, y de Julián, de Albacete; matrimonio que tuvo cuatro hijas todas nacidas en Madrid, Isabel, Pepa, Blanca Luisa, mi madre, y Rogelia.

Dada la precaria situación económica de mis abuelos maternos, desde muy joven mi progenitora fue para un taller donde aprendió corte y costura. Allí se quedó trabajando este oficio, el cual llegó a dominar a la perfección, la acompañó para toda la vida, y gracias a él, nos vestimos muchas veces el esposo, los hijos y más tarde nietos y biznietos. Mi hermana mayor y yo nacimos en el mismo edificio donde nacieron mi madre y todas sus hermanas, en el edificio con el número 4 de la calle Carranza, en Madrid. Aunque vivimos mucho tiempo en Ponferrada, y nos pasábamos muchos días en la casa de la abuela en Lago, donde corríamos y jugábamos a nuestras anchas en su finca “*Su Pacio*”, allí si nos sentimos felices.

Mi hermana nació el 3 de septiembre, del mismo año en que nació el actual Rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, 1938, con la pequeña diferencia de que a mi madre la condujeron a dar a luz en un vehículo *sui-generis*: un camión cargado de explosivos, y la mamá del futuro rey, aunque no conocemos los pormenores, es casi seguro que no haya corrido la misma suerte.

Yo nací en el 1941, cuando ya hacía casi dos años había concluido la guerra, cuando se inauguró un nuevo gobierno en España, con la mayoría falangista.

Mi padre ingresó en el 5<sup>to</sup>. Regimiento<sup>1</sup> el 19 de julio de 1936, ese mismo día fue ascendido a cabo. El 4 de agosto del mismo año fue ascendido a sargento de Infantería, siendo destinado al frente de Toledo, en el cual el 19 de septiembre es ascendido a teniente de Infantería, siendo destinado a Pozuelo de Alarcón y a Somosierra, lugar este último en el que recibe el ascenso a capitán de Infantería.

En enero de 1937, siendo capitán jefe de Compañía del 110 Batallón de la 28 Brigada Mixta, es destinado a Cuenca para el 4<sup>o</sup> Cuerpo de Ejército y de allí a la Sierra, al mando del coronel Jurado. En 1938 fue trasladado al frente de Teruel, al 19 Cuerpo de Ejército, al mando del coronel Vida, en la misma Brigada pero en el 111 Batallón. Allí lo sorprende el final de la Guerra, cayen-

<sup>1</sup> Cuerpo que se crea nada más comenzar la Guerra Civil, de afiliados al Partido Comunista de España (N.E.).

do preso en el campo de concentración de Uriel (*sic*)<sup>2</sup>. Posteriormente estuvo preso en Carabanchel, Porlier, San Marcos y Salesas.

Como ustedes podrán apreciar, por haber terminado la guerra con los grados de capitán, siendo Jefe de un Batallón, del Quinto Regimiento, al triunfar el franquismo, su vida, como la de los soldados del Ejército republicano comenzó a peligrar grandemente, mucho más la de los que ocuparon cargos de oficiales.

Fueron objeto de todo tipo de persecuciones, un gran número de ellos, víctimas de delaciones, fueron fusilados o encarcelados y como la cantidad de prisioneros llegó a ser tan numerosa, se crearon campos de concentración. Mi padre se había escapado ya en dos ocasiones de uno de estos lugares, sin lugar a duda que su vida, como la de todos los oficiales republicanos, comenzó a peligrar. Así las cosas, decidió huir de aquel régimen a través de los Montes Pirineos hacia Francia y acordó con mi madre que luego pasara ella con los muchachos (mi hermana mayor y yo).

Al cabo de un tiempo nos enteramos de todas las peripecias de papá, en el cruce de aquella frontera natural, de todo lo que hizo para que su mujer e hijos no vivieran tan dramáticos momentos como los vividos por él.

Cuando ya mi padre se instaló en París, llegó el aviso y la explicación de todo lo que tendría que hacer mi madre para pasar aquella gran prueba y reunir de nuevo la familia.

Pudiera a cualquiera parecerle cosa fácil, pero situémonos en el caso de una mujer, sola, sin conocer a ninguno de los que trabajarían como guías, sin conocer aquel inmenso camino a recorrer, sin experiencia alguna de esta u otra travesía de igual índole, y para colmo de males, realizándola en el mes de enero, cuando el frío en estos lugares te cala hasta los huesos, y aún más, con la responsabilidad de llevar consigo nada menos que a sus dos pequeños hijos.

Allá en Francia, la esperaba ansioso su media naranja, sabiendo mejor que nadie, por haberlos pasado antes, los peligros a que debían enfrentarse.

Muy conocidos eran para mis padres los casos de muchos que fueron apresados por la Guardia Civil española en estos intentos, y lo cruel que había sido el franquismo con todos los que trataron de abandonar España clandestinamente cruzando la frontera con Francia y lógicamente ante tanta crueldad y exponiendo tanto como sus propias raíces, es obvio suponer la inmensa angustia y preocupación que embargaba tanto a mi madre como a mi padre.

Mi madre, experta costurera, nos confeccionó para mi hermana y para mí unos gruesos abrigos y nos compró unas boticas altas que abrigan bastante.

<sup>2</sup> El autor se refiere a Utiel, Valencia, donde sí existió un campo de concentración al acabar la Guerra Civil (N.E.).

El viaje lo haríamos con dos guías vascos, a los que al entregarnos en la frontera con Francia, mi madre les daría el dinero acordado.

Llegó el día de decirle adiós a mi tan querido Lago de Carucedo<sup>3</sup>, el pueblito de mi padre y de mi abuelita paterna, pueblo que no volví a ver hasta más de cincuenta años después, cuando allí ya no están ellos, ya no esta la finca de la abuela, cuando todo es distinto... ¡dicen que la laguna ya no tiene sanguijuelas!

Durante toda mi vida he recordado con inmenso cariño aquel pueblito, que toma su nombre por una hermosa laguna que posee y por su cercanía al pueblo de Carucedo y he soñado con él infinidad de veces, pasaban años, pasaban años... y con el paso del tiempo me convertí primero en joven, luego en adulto y ahora en viejo, y ahora, ya con el pelo todo blanco, cuando apenas me quedaban esperanzas de volver a verlo, llegué hasta él para cumplir una promesa que me había hecho yo mismo, desde el día en que lo abandoné, ¡besar de rodillas su suelo!, a lo que se agregaron un par de lágrimas que no pude contener.

Acompañados por nuestra abuela materna salimos hacia la estación de trenes del Norte, allí abordaríamos un tren que nos llevaría hasta San Sebastián, lugar en el que nos esperaban los guías. Al fin llegó el día de la partida, el día de decirle adiós a mi querido Madrid para siempre, a aquellas calles donde di mis primeros pasos, sobre todo la de Carranza, por cuyo paseo central jugamos infinidad de veces. Llegó el día de decirle adiós a la complaciente y cariñosa abuelita Consuelo, mi abuelita querida, mi compradora de churros y de porras, mi compañera de compras en el mercado un día de los inocentes<sup>4</sup>, mi lista y pícara abuelita, llena toda de bondad y cariño, llegó el día en que sin saberlo la besé y la vi por última vez.

Ahora iba a comenzar para mi madre y sus dos hijos aquella gran aventura, ¿nos cogería presos la Guardia Civil? ¿Podríamos pasar aquella barrera natural tan inmensa una mujer y dos niños? ¿Nos alcanzarían nuestras fuerzas físicas? ¿Podríamos volver a reunirnos con nuestro padre?

Estas y muchas otras interrogantes torturaban no sólo a mi madre, sino también a mi hermana mayor y a mí. Había llegado la hora de la verdad, allá en casa, en la calle Carranza nº 4 en Madrid, todo era coser y cantar, allí no estaba delante ninguna cordillera montañosa, no había ríos casi helados que pasar, no patrullaba persiguiendo fugitivos la Guardia Civil, no te acompañaba el tremendo frío ni te acosaba casi constantemente el hambre, en fin como dice el refrán “fuera del agua se nada muy bien”.

<sup>3</sup> El pueblo se llama Carucedo, León, donde se halla el lago del mismo nombre (N.E.).

<sup>4</sup> Día de los Santos Inocentes, 28 de diciembre (N.E.)

Mi madre mi hermana y yo nos despedimos de mi abuela y nos instalamos en un coche de segunda. El viaje no lo recuerdo muy bien, seguro me dormí, pero según he oído contar duró unas seis u ocho horas, llegamos al amanecer a San Sebastián. No sé dónde fue exactamente que nos empatamos con nuestros abre caminos, creo que tuvimos que coger un coche hasta un lugar de las afueras, donde nos esperaban. Lo que sí recuerdo que al comenzar a caer la noche iniciamos la caminata y cuando ya el manto de la oscuridad lo cubría casi todo, se divisaron lejos aún, unas moles enormes y oscuras, o a mí me parecieron enormes, eran “los Pirineos”.

Los Pirineos se extienden a lo largo de toda la frontera meridional de Francia desde el Mediterráneo hasta el golfo de Vizcaya. Sus elevadas cumbres forman una barrera natural. El pico de Vignemale, de 3.298 m de altitud, es la cumbre más elevada de los Pirineos franceses. El Aneto (en Huesca) con 3.404 m es el más alto de los Pirineos españoles. Los verticales precipicios de sedimentos calizos se alzan sobre un espléndido valle de la cordillera de los Pirineos, donde se creó el Parque Nacional de Ordesa. La región que forma una barrera natural entre España y Francia, es muy conocida por sus numerosos desfiladeros, así como por su gran variedad de fauna y flora. Esta pintoresca región montañosa es conocida por sus excelentes centros de esquí y de reposo, que ofrecen las propiedades curativas de numerosos manantiales termales.

No sé cuantas horas habríamos andado, pero si sé que el cansancio de mi madre, de mi hermana y el mío y yo diría que hasta el de los dos vascos, se hacía ya sentir muy hondo, por eso los mismos guías propusieron a mi madre descansar en una casa que hacía las veces de posada. Mi madre se sentó en una piedra grande que estaba a unos 20 ó 30 metros de la casa y nos sentó a mi hermana y a mí en sus piernas, hasta que los vascos fueran a parlamentar con los dueños.

La gente que se dedicaba a estos menesteres, entendámonos, cruzar personal por la frontera de forma clandestina, se hacen una señal que consiste en tirar una pequeña piedrecita por una ventana, nosotros presenciamos toda esta operación desde el palco de las piernas de mi madre, con tremenda tensión, en la cara de nuestra progenitora se podía adivinar la angustia, la enorme preocupación que la embargaba.

Como ya he dicho esta caminata se realizaba en el mes de enero, uno de los más fríos del invierno español, quizás, por la edad de mi hermana y de la mía éramos los que menos frío sentíamos, íbamos forrados, gorros en la cabeza, las solapas de los abrigos levantadas, las bufandas bien enrolladas en el cuello y parte de la cara, nos cubrían hasta los oídos, pero a pesar de todo eso, mi madre, lógicamente, temía que aquel intenso frío nos calara hasta los huesos y nos trajera malas consecuencias. Mi hermana y yo no pronunciábamos

ni una sola palabra, pero comprendíamos lo grave de la situación y sentíamos una gran pena por la angustia que sufría nuestra madre, pero a esa edad no se nos ocurrió nada para consolarla, sólo permanecer a su lado, abrazados a ella en silencio.

Al fin, salió a la puerta un hombre, conversaron los tres, luego ambos guías se acercaron, mire, le dijeron a mi madre: “*los dueños de la casa me plantean que ya tienen muchas personas hospedadas y que no nos pueden albergar*”. “*Oiga*, respondió mi madre, *pero estos niños se me van a morir de tanto frío, díganle por Dios que comprendan mi situación*”.

Los vascos, al parecer, sensibilizados con nuestra situación, volvieron a acercarse a la casa y repitieron la señal, no tardó en aparecer el mismo hombre con el cual habían parlamentado en la primera ocasión, esta vez la plática entre ellos se demoró más, pero cuando regresaron, le plantearon lo mismo a mi madre, nada, a seguir caminando con aquel frío horrible y tratar de llegar a otra casa a ver si nos podían albergar.

A mi madre se le cayó el cielo arriba: “*pero oigan, ustedes le explicaron que yo ando con dos niños, no, ahora voy yo a hablar con ese hombre, no puede ser que haya una persona tan malvada*”, y diciendo esto fue hasta la puerta, esta vez no hubo señal, sino golpes de su puño directamente en la puerta, mi hermana y yo esta vez éramos espectadores de primera fila, en segundos, ante aquella inusual forma de llamar, apareció el mismo hombre, mi madre comenzó a rogarle una y otra vez que nos permitiera pasar la noche allí, pero nada, no se ablandaba y de pronto, cuando ya todas las esperanzas parecían perdidas, apareció “El Ángel de la Guardia”, (*sic*) una muchacha joven, quien al oír la discusión, se apresuró a preguntar: *¿cómo se llama usted señora?* Y al responderle mi madre, aquella muchacha se le abrazó llorando y diciéndole cuanto mi padre le había rogado que nos atendieran si pasábamos por la casa, pidiéndole mil excusas y dándole cuantas satisfacciones se le ocurrían.

¡Todo resuelto!, en un santiamén estábamos sentados al lado de la hoguera, sobre la cual colocó aquel ángel disfrazado de mujer una sartén enorme, en la que empezó a echar huevos y chorizos, como para que comiera un pelotón, ¡el olor era a gloria!, que tremendo atracón y para cerrar o para acabar de calentar bien los motores, un buen vaso de vino tinto, mi madre quiso poner objeción por lo corta de nuestra edad, pero la joven le dijo, “*no se preocupe, el vino les hará bien*” y mi madre le hizo caso. Hasta la tumba me llevaré el recuerdo de aquella joven, de aquella hoguera, de aquella sartén llena de huevos y chorizos y de aquel vaso de vino.

Descansamos el resto de esa noche y el día siguiente, y al atardecer, ya casi caída la noche, nos despedimos de aquella casa que albergó y salvó la vida primero a mi padre y luego a nosotros. Comenzaba la segunda jorna-



Foto de la boda de nuestros padres.



Foto de mi padre con la Plana Mayor del batallón.

da, con ella debíamos llegar a la frontera, claro, si la Guardia Civil no nos descubría.

La segunda jornada tuvo también serias emociones, hubo que atravesar dos ríos con aguas casi heladas, además ninguno de nosotros tres, madre hija e hijo, no sabíamos ni la “a” en cuanto a nadar se refiere. Esto hacía más peligroso el cruce, pues a pesar de que los guías buscaban los pasos menos

profundos, ante cualquier eventualidad, no podríamos responder como otra persona que, al menos, fuera principiante en la natación.

El primer río que cruzamos era el menos profundo, de corriente muy rápida, de fondo pedregoso, éste por su escasa profundidad lo cruzamos todos a la vez, mi hermana y yo encima de los hombros de los vascos, mi madre a pie, pero agarrada de las manos por nuestros guías.

Al río más caudaloso, el Bidasoa, llegamos cuando ya se había perdido completamente la tarde y comenzaba la oscuridad de la noche a querer esconderlo todo. Éste es uno de los principales ríos del País Vasco, sirve también como marcación o límite de las fronteras, es más bien corto, de caudal regular, fluye a través de la vertiente Cantábrica, con sus aguas riega el municipio español de Vera de Bidasoa, perteneciente a la Comunidad Foral de Navarra. Posee pasos por los cuales se puede cruzar caminando, su fondo es casi todo pedregoso, sus aguas frías, la espuma de sus aguas al chocar contra los peñascos o piedras le dan un tono de alegría al paisaje. La cuenca del Bidasoa es de 671 km<sup>2</sup>, su corriente es rápida, como si tuviera siempre prisa por llegar al municipio de Fuenterrabía, que le sirve de desembocadura al mar Cantábrico.

Aquí la táctica usada para el cruce fue otra; un guía subió a mi hermana encima de sus hombros para cruzarla primero, cuánto sufrimos mi madre y yo al verla perderse en la noche, río adentro, con aquel hombre, del cual no conocíamos ni siquiera su nombre. Pasó un tiempo que a mi madre y a mi nos pareció un siglo, todo era silencio y oscuridad, al fin apareció de nuevo el hombre sin mi hermana, la cual, había dejado escondida en la otra orilla.

Ahora el hombre que cruzó a Blanqui, me subió a horcajadas en sus hombros y el otro hizo lo mismo con mamá, así empezamos nosotros el cruce, poco a poco el agua se iba haciendo más profunda, los vascos avanzaban con cautela, pero de pronto el guía que iba con mi madre, casi al lado nuestro tropezó, se tambaleó, pensé que era el fin para mi pobre madre y aquel hombre, quise gritar ¡Cuidado mamá!, pero como nos habían hablado tanto de la importancia del silencio, mi corazón me hizo callar; ¿qué sería ahora de nosotros tan lejos de nuestro padre y sin madre?, el hombre dio dos o tres pasos como si fuera a caerse, al otro paso parecía haber recobrado un poco el equilibrio, al fin, pudo enderezarse y continuar la marcha, ¡qué alivio!

Al poco rato ya las aguas llegaban al pecho de nuestros botes humanos, por lo tanto mojaban también nuestras piernas, ¡qué largos parecen en la vida estos momentos angustiosos! Apareció la otra orilla, aquellos guías, los pobres, estaban calados hasta los huesos. Allí, en la orilla opuesta, en un montecito de bambú, nos reunimos con mi hermana, ¡qué felicidad! Otra vez éramos tres.



Salida al campo en Ponferrada.

Proseguimos la marcha, ahora casi no podíamos vernos ni las manos, todo era oscuridad, según los guías, que hablaban menos que una piedra, no faltaba mucho ya para llegar a territorio francés. ¡De pronto se oyeron unas voces!, ¡unos gritos que retumbaron en todo aquel silencio como si hubieran disparado un cañonazo!, los guías nos abandonaron y nos recomendaron escondernos, así era el trato, mi madre se escondió con nosotros en un repliegue del terreno.

La imagen que guardo de aquello, es como si una gallina tapara con las alas a sus pollos ante la presencia de un gavilán. Pasó un pequeño tiempo, ahora se volvió a escuchar sólo una voz, pero más cerca de nosotros, fuera quién fuera era evidente que nos había visto, increíble con aquella oscuridad, pero la voz venía hacia nosotros, estábamos perdidos, tanto nadar para morir en la orilla, yo le pregunté a mi madre con la boca puesta en su oído: *¿y ahora qué nos pasa?* Ella, apretándome más fuerte contra su pecho, me contestó: *“nos llevarán para un hotel”*. Y a pesar de mis cortos siete años pensé: *“pa su madre que clase de hotel nos espera”*.

Volvió a oírse la voz, esta vez tan cerca de nosotros que entendimos a la perfección lo que dijo una voz de hombre, al parecer joven: *“Por favor, soy español, voy para Francia, estoy perdido, ayúdenme, auxilio por favor”*.

Nosotros no nos movimos, un rayo había recorrido nuestros espinazos, éramos un puerco espín esperando el último ataque con todas las púas, o nuestros pelos de punta, ¿qué hacer? Callar y tratar de salvar la vida.

En un segundo apareció uno de los vascos, habló con el hombre, nosotros oímos todo:

—¿De dónde eres?

—De Villarrobledo, baja la voz, coño.

—¿Cuándo te tiraste a pasar?

—Hace tres días.

—¿Tú solo?,

—Yo solo.

—¿Cómo pensabas llegar sin conocer el camino?

*Me habían dado orientaciones, traigo mapas, pero al parecer he perdido el rumbo y ando con un hambre que no veo.*

—Bueno hombre ¿tienes dinero?

—Sí, aún me quedan cerca de tres mil pesetas.

*—Está bien, todo lo que te queda te lo cobraremos por terminarte de pasar, nosotros vamos con una mujer y dos niños, ¿estás de acuerdo?*

—De acuerdo.

Y así aquella pequeña expedición, ahora con un nuevo integrante continuó su camino.

Este nuevo elemento del grupo, al parecer por el estado de nervios en que se encontraba, al contrario de nosotros, no paraba de hablar, como si con esto fuera a llegar antes a la frontera, o como si con esto su interior abandonara un poco el miedo que lo embargaba, tanto fue así, que uno de los vascos le llamó la atención, amenazándolo con dejarlo solo nuevamente si no se callaba, la medicina recetada fue totalmente curativa, desde aquel momento el muchacho pareció enmudecer.

Debe destacarse, según siempre he oído contar de mi madre, la actitud de mi hermana Blanqui, la cual a la sazón contaría con unos nueve años, y también la mía que cuando aquello tendría poco más de siete años, que en ningún momento de la travesía, de aquella descomunal caminata, realizamos ni la más mínima protesta, es más, no dimos jamás la más mínima prueba de



Aquí estaba nuestra casa en Ponferrada.

cansancio. Era que en realidad, aquellos dos niños comprendíamos, a pesar de nuestra corta edad, todo lo que estaba en juego en aquella empresa.

Al fin, ya cerca del amanecer llegamos a la frontera, los vascos llamaron a mi madre y al muchacho que se nos había unido y les indicaron el camino a seguir hasta el puesto fronterizo y en qué lugar nos debíamos presentar a la policía francesa del pueblecito de Sare, no era mucho el tramo a recorrer, sin embargo el nuevo caminante pidió a los guías que nos acompañasen hasta el mismo puesto fronterizo.

Ellos le explicaron que ya tan cerca de Francia no patrullaba la Guardia Civil, mi madre, ansiosa ya por acabar aquel calvario, lo increpó y acto seguido se les dio el dinero convenido a los guías, los que se perdieron isofarto (*sic*)<sup>5</sup> y nosotros nos encaminamos hacia aquel pequeño poblado fronterizo, donde nos presentamos a las autoridades del lugar.

Esa noche descansamos, con una calefacción que nos hizo mucho bien, pues nos quitó el frío que traíamos. Al otro día, por la mañana, mi madre hizo los trámites de rigor y le comunicaron que ese mismo día podría hacer el viaje a París, todo era alegría, entonces cruzamos la calle y casi enfrente de la estación de policía compramos unas barras de pan, ¡pero qué pan!, tengo que reconocer, después que mucho ha llovido desde aquello, que no he vuelto a probar otro igual, en un dos por tres nos comimos aquellas barras de pan y luego dimos un pequeño paseito por el pueblo hasta que llegase la hora de partir en tren, en busca de mi tan querido “Torito del Lago de León”<sup>6</sup>, de mi campeón y maestro de boxeo, de mi ídolo personal.

El encuentro con mi padre, pueden imaginarse como fue, sobre todo para mí, que siempre estuve tan apegado a él. Recuerdo que, cuando pequeño, no había día que no viniera del trabajo sin algo para nosotros. En una ocasión me hizo un avión de madera, que fue mi juguete predilecto por mucho tiempo, a pesar de no volar, su figura, el porte de sus alas, la perfección de su alerón de cola, bueno todo de él me seducía enormemente.

Él me había puesto unos guantes de boxeo rojos, Evereslast, que guardaba de recuerdo, en un gesto verdaderamente increíble, porque aquella reliquia no había quien se la tocara, era su más preciado recuerdo del ring. Aún en casa se guardan con todo amor sus fotos y recortes de periódicos de los años en que junto a Hilario Martínez y otros peninsulares más, había conquistado el cariño de los espectadores, en la Arena Colón, y en otros cuadriláteros de la Capital cubana, también una foto dedicada por “Chocolate”, en la que se lee:

<sup>5</sup> Por “*ipso facto*”, al momento, enseguida (N.E.)

<sup>6</sup> Nombre deportivo, al parecer, del padre del autor, en honor a su lugar de nacimiento (N.E.).

“a mi hermano Santiago”. Guardamos también recortes de periódicos y fotos de Alejandro Lugo, el que hizo precisamente su última pelea con papá.

En París, estuvimos casi un año, en el cual, mi padre no pudo encontrar trabajo y vivimos por mi madre, que cosía muy bien la ropa fina de mujer, gracias a esto no faltó el pan, la ropa, ni los menesteres escolares a ninguno de sus dos hijos. Nosotros, como se nos pegaba pronto el idioma, éramos los que hacíamos los mandados de la comida y auxiliábamos a nuestros padres también a entenderse en la calle, en las tiendas, en fin éramos los intérpretes de la familia.

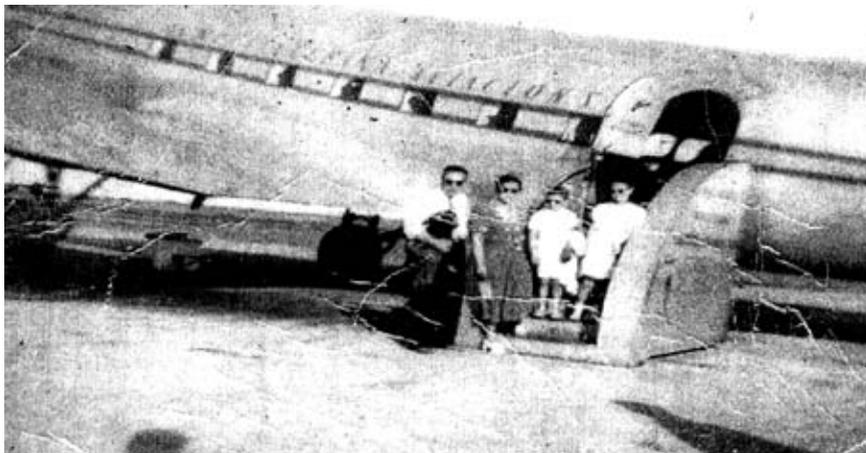
De París se guardan también algunas fotos, sobre todo las del día en que visitamos aquella maravilla de torre. Para esta fecha, ya me habían comprado, o no recuerdo bien si me la compraron aquel mismo día, una lanchita de cuerda que navegó por los estanques de los jardines que rodean la Torre Eiffel, majestuosa y flamante, para nosotros aquel día fue todo felicidad.

En Francia supimos ya lo que era vivir fuera de nuestro país, sentirse extraño, notar la ausencia irreparable de tanta gente querida, de los lugares amados, donde ya no podías estar, que te hablaran en una lengua que no era la tuya, que no entendieras a nadie, que los niños en la escuela, un poco que te rechazaran, en fin, de no estar en tu casa.

Al parecer, por lo mal que nos fue en Francia mi padre decidió venir para Cuba, Aquí tenía un hermano. Ya él, durante sus años de boxeador había estado en la isla, así que, una vez que pudimos reunir un dinerito y creo que con una ayuda que nos dio el gobierno francés, sacamos los pasajes y en un cuatrimotor de Cubana de Aviación hicimos el viaje, recuerdo una caída brusca del avión, me parece que a esto le llaman los pilotos un bache de aire, en la cual vomitaron, hasta una pareja de perros que nos acompañaron en el viaje, recuerdo también que papá me pidió que realizara para los viajeros unos pases de capote y de muleta, como si estuviese toreando un toro en miniatura.

Aterrizamos primero en Camagüey, un 28 de Julio de 1949, no sé por qué, pero fue así, al parecer este era el itinerario planificado de vuelo, en nuestro primer encuentro con Cuba. Su clima nos encantó a todos, aquella brisa que iba y venía, que entre calor y calor nos soplaba, como para refrescarnos, era una verdadera delicia, la cual no había sentido antes.

Allí nos hicimos una foto al pie de la escalerilla del avión. Luego de un poco más de tiempo, aterrizamos en La Habana, no podía imaginarme yo lo que me esperaba por mis cachetes colorados y mis zetas al hablar, tampoco sabía lo jodedores que eran los cubanos, de que forma se burlaban y trataban de tomar el pelo a cuanto *gallego* les caía cerca, sí, porque para los cubanos, lo mismo da que hayas nacido en Madrid, en Andalucía o en Valencia, todos los hijos de la península Ibérica, somos *gallegos*.



Llegada a Camagüey. Cuba.

En el caso de mi hermana y del mío, era la primera vez que visitábamos un país fuera del continente europeo, aquí había toda una serie de razas, costumbres, dicharachos que no conocíamos, es más, por mi corta edad, ni imaginaba siquiera que pudiesen existir en otras partes del mundo, prueba de ello es lo que relato a continuación:

En Naranjito, casi recién llegado a Cuba, pasé uno de los sustos más grandes de mi vida. Un día, en que jugaba con los niños del barrio, en una correría, de pronto tropecé con una persona. Cuando levanté la vista, había parado delante de mí un negro prieto como el carbón, era el primero que veía en mi vida, me quedé estupefacto, creo que perdí hasta la respiración. Aquella mole negra me habló, yo no sé ni lo que dijo, sólo recuerdo que cuando pude reaccionar, salí a toda velocidad hacia la casa, llegué sudado, al parecer pálido, mi madre me lo notó enseguida, ¿Santi, qué te pasó?, cuando les conté se mearon todos de la risa.

Y en nuestro caso, aunque hemos lamentado miles de veces la ausencia de nuestra amada tierra, la ausencia de muchos que hoy nos miran casi como extraños, que no hemos ido más a fiesta un domingo en el airó (*sic*) del pueblo, que no hemos ido jamás en burro con mi madre, o con la tía Josefita a las Médulas, para ver a la tía Emérita; al menos debemos reconocer que pudimos disfrutar de la tutela de nuestros queridos padres.

En Cuba desarrollé los estudios de la escuela primaria, secundaria, tecnológicos y de nivel superior. En Cuba me casé, actualmente tengo cuatro hijos y dos nietos, los que son hoy en día, sin duda alguna, nuestra principal razón de vivir.

Han pasado muchos años, 58, desde que llegamos a Cuba, y porqué no decirlo, le hemos cogido cariño a esta tierra que nos vio pasar de niños a jóvenes, a adultos luego y a viejos después, pero en mi caso particular, nada ha podido llenar el hoyo inmenso que ha representado el no vivir en el lugar en que nací.

En Cuba, porqué negarlo, he tenido y tengo grandes amigos, a muchos los quiero como a verdaderos hermanos, pero cuando pienso en España, cuando veo un mapa de allá, cuando escucho cualquier música de la Península, siento como si un inmenso imán me atrajera con toda su fuerza.

A las personas que no sepan qué es para un niño la emigración, quiero decirles qué sentí, qué representó para mí, poder ir a la tierra que me vio nacer después de más de 50 años de ausencia.

En primer lugar tanto había soñado con ese viaje, que nunca lo creí posible, miles y miles de veces había soñado con mis primos, con mis tíos, con la finca y la casita de la abuela en Lago<sup>7</sup>, que cuando monté en el avión para el viaje, a pesar de no haber dormido nada la noche anterior, por el nerviosismo y la emoción, durante las más de 9 horas de vuelo no pude pegar los ojos, y registré en un diario, minuto a minuto todo lo que vimos, e hicimos mi madre, mi hermana y yo durante el vuelo. Ese diario está firmado por toda la tripulación del avión a la ida y a la vuelta, además recoge un viaje en tren desde Madrid hasta Santander, pueblo por pueblo.

Quiero que sepan que cuando llegué a aquel pueblito tan querido, allí frente a la casita de la abuela, sentí como si el corazón se me estrujara, no lo podía creer aunque lo estaba viviendo, y a pesar de tener casi 60 años de edad, no pude evitar las lágrimas.

Estaba en el lugar que más quise cuando niño, en el lugar donde encendí sin querer el pajar de la abuela tratando de asar unas castañas, donde por mi culpa todos los vecinos tuvieron que correr a sofocar las llamas que amenazaban con quemar las casas colindantes, no podía creerlo, estaba en aquella callecita tan querida, que camino abajo nos conducía hacia la laguna, donde me le (*sic*) escapé una vez a mi tía Josefita y casi me ahogo, por suerte, pude hacer unas fotos, porque aunque lo viví, me daba la impresión que era mentira, que era un espejismo o un sueño.

Y llegué lógicamente la hora tan esperada de entrar, pero antes de hacerlo, llamé a mi tía Josefita, le tendí cariñosamente mi brazo por encima de sus hombros, y le dije:

–“*Fíjate bien tía, te voy a decir cómo está esa casita por dentro, ¿está bien?*”

<sup>7</sup> El autor denomina Lago a Carucedo, León (N.E.).

Me miró toda asombrada, yo dejé de ver aquel lugar cuando contaba con solo seis años, y le describí todo el interior de la casa, habitación por habitación, todo, exactamente todo lo que había en el piso superior, y para concluir, le expliqué dónde quedaba la escalera que conducía para el sótano, dónde abajo, estaba la cuadra y dónde la bodega. Ella le dijo a mi madre:

–Blanca, no lo puedo creer, ¿cómo es posible esto?

–Su esposo José Manuel, que era el que más visitaba el lugar, dijo:

–¡Coño, Santi, vaya memoria la tuya! ¿Qué edad tenías cuando saliste de Lago?

–Mi madre le dijo: *pues tendría seis años, José Manuel.*

Cuando entramos todo estaba exactamente como le había explicado.

Aquello no fue producto de la memoria de un niño prodigio, eso sólo lo hace posible el amor, el cariño de los niños, que como dijera Martí: “*Son la esperanza del mundo, son los que saben amar*”. Aquello, que a los mayores presentes pareció increíble, fue el fruto de toda una vida soñando con aquel rinconcito del mundo, tan querido para mi hermana y para mí, quizás, la divulgación de esta y muchas otras historias de españoles contribuyan a difundir por el mundo lo que pasó una parte de nuestra niñez durante aquellos años, quizás la nueva generación de españoles vean más de cerca estas consecuencias que, o no recoge la historia, o no han sido contadas con toda crudeza.

Pero... las guerras no se han acabado en el mundo, al contrario, surgen por doquier, siempre pienso en como habrá cantidad de familias, cantidad de niños que tendrán que sufrir de emigración, que tendrán que abandonar, sin quererlo, su tierra, la que los vio nacer, que tendrán que separarse de sus seres queridos y quizás jamás volver a verlos.

Hoy, cuando el flagelo de la guerra sigue azotando al mundo, cuando cientos de niños pierden a sus padres, a sus casas, cuando vemos cometer a diario crímenes horribles, queridos conciudadanos españoles, debemos levantar nuestras voces y exigir un derecho que debe ser sagrado para todos los niños del mundo: vivir en paz junto a sus padres, a sus familiares y poder disfrutar de las mil maravillas con que soñamos todos a esta edad.

Por todo lo anterior, considero una gran iniciativa de la sociedad Castellana y Leonesa este concurso, mediante el cual daremos a conocer lo inmensamente amargo que ha sido para miles y miles de niños españoles, verse forzados a abandonar la patria amada, el terruño querido de padres y de abuelos, la tierra natal, de la que dijera nuestro Apóstol: *Todo hijo digno no debe renegar jamás de su tierra.*

Reciban, pues, los organizadores del evento, así como todos los participantes en el mismo, mi más sincera felicitación por anticipado y las gracias por haberme dado la oportunidad de contar estas verdades, que ya hoy son compartidas y que quizás no se pierdan al desaparecer cada uno de nosotros.